

PRÓLOGO A

Juventud y Sociedad de Consumo

Artículos publicados en la *Gran Enciclopedia del Mundo* (1967-1975)

Se recogen aquí los artículos publicados por Eloy Terrón en la *Gran Enciclopedia del Mundo* (Apéndices I, II y III, de 1967, 1971 y 1975¹) bajo el título *Juventud y Sociedad de consumo*, como temática central del conjunto.² Apuntes breves en su mayor parte, son todos ellos textos sugestivos, precisos y coherentes, que conservan en buena parte su actualidad. Escritos a vuelapluma, con el soporte de la dedicación intelectual a la sociología crítica desde 1958, tienen como trasfondo teórico una concepción del hombre, la cultura y la educación de claras resonancias biológico-evolucionistas, marxistas y paulovnianas, aunque integradas de forma ecléctica.

Así, al abordar la «Educación Social», se resalta ante todo la educación como condición de existencia de toda sociedad y de todo hombre. En el resto de las especies animales, cada individuo lucha por sobrevivir en el medio biológico de su especie desde el momento mismo de su nacimiento sin más armas que sus cualidades congénitas. Pero en el caso del hombre no ocurre lo mismo. El niño nace en un estado por completo inerme. Sólo sobrevive -en los brazos de la madre- por el amor de los adultos del grupo. Y -a diferencia del resto de las especies animales- se desarrolla en un medio que no tiene como núcleo el conjunto de especies animales y vegetales de las que depende su supervivencia, sino la sociedad trabada por la palabra (de ahí, lo de “educación social”); o, por decirlo con mayor precisión, la cultura, con su triple trama -social, técnica y simbólico-lingüística- característica.

Por lo mismo, la educación del niño consiste en su domesticación en el propio grupo social de convivencia; y su resultado es la modelación cultural de la conciencia y la personalidad del individuo. Por eso, la conciencia del niño -entendida aquí, al modo de Paulov, como un sistema de reflejos condicionados en constante renovación, con el estímulo de la complejidad del medio humano- es, en principio, una “conciencia extraña”, producto de la interiorización psíquica de las maneras, normas y valores del grupo. Aunque, con el aprendizaje técnico y la integración en el trabajo (con la transición al estado adulto), se entra en la etapa de la conciencia intencional.

¹ Publicados por la necesidad de poner al día una obra que se acabó de publicar en 1964.

² De hecho, sus principales claves teóricas se apuntan ya en los materiales correspondientes al *Estudio sociológico de la juventud*, que data de 1964-65 (véase Apéndice I): uno de los Seminarios de Trabajo con los que Eloy Terrón contribuyó a los Cursos de Sociología impulsados por un grupo de sociólogos y filósofos del derecho con la colaboración ambigua del rectorado de la Universidad Complutense de Madrid, entre 1963 y 1965. (Los materiales del resto que se han localizado se han incluido también, en el Apéndice III).

Ahora bien, en tanto que en las sociedades parentales primitivas -igualitarias- la educación garantizaba la identidad entre la conciencia de los individuos y la organización social de convivencia,

«en la sociedad dividida en clases, el proceso educativo, constituido por la configuración de la personalidad y el aprendizaje, tiende a reducirse a pura instrucción, y el bloqueo de la educación se manifiesta en forma de neurosis.»

Con el tratamiento de «La juventud como problema social» se desarrolla algo más todo esto. La juventud -una fase de desarrollo de la personalidad y la edad en que se completa el aprendizaje- está condicionada por la organización de la sociedad y por el nivel de su desarrollo técnico. En las sociedades tribales, la incorporación de los muchachos a la vida activa se retrasaba en razón de un aprendizaje más completo y general, y las necesidades sociales se armonizaban con los procesos productivos y con la eficacia de sus técnicas. Pero desde la aparición de la sociedad de clases, tras la producción de un excedente apreciable como base de la acumulación de la riqueza, la clase trabajadora se vio obligada a incorporar a sus hijos a las tareas productivas tan pronto como eran capaces de hacer algo.

A partir de la Revolución Industrial, y coincidiendo con la intensificación de la división y la lucha entre las clases sociales, se fue imponiendo la necesidad de una formación más larga y completa de los trabajadores. Pero quienes procedían de los estratos inferiores de la clase media, de la pequeña burguesía y de los trabajadores calificados encontraron dificultades para acceder a puestos de trabajo adecuados. Y eso, unido a la ausencia de toda formación de los sentimientos y a la “neutralidad” ideológica y la orientación puramente técnica creciente del sistema escolar, acabó por generar profundas contradicciones vitales y explosiones irracionales en la juventud.

Una fórmula para contrarrestar tales contradicciones fue la de los dirigentes totalitarios nazi-fascistas, que reorientaron la rebeldía juvenil contra la democracia burguesa, tras la conclusión de la Primera Guerra Mundial. Otra, posterior, viene siendo la de los grandes industriales desde la consolidación de la sociedad de consumo: el consumo dirigido. Aunque, en cualquier caso,

«la clave del comportamiento social de los jóvenes radica, en definitiva, en la formación “neutral” profesional que se les da y en el modelamiento contradictorio de su conciencia por una sociedad profundamente dividida.»

Un problema importante de la sociedad industrial actual -que afecta, por cierto, sobre todo a la juventud- es el que se apunta en el artículo «Drogas. Efectos psíquicos y motivación social», junto con las claves sociales del mismo.

«El problema capital de las toxicomanías es hoy el del gran número de personas -adolescentes y jóvenes, sobre todo- que toman drogas públicamente, que se jactan de hacerlo y que hacen propaganda y proselitismo para conseguir nuevos drogadictos, para hacerles partícipes de su propia felicidad.»

.....
«La motivación fundamental de las toxicomanías en las sociedades industriales avanzadas es la opresión social difusa: la contradicción entre la obsesión por la felicidad adquisitiva y la carencia de la formación emocional necesaria para disfrutar de las cosas, y el deseo de encontrar algún modo de iluminación en la irracionalidad creciente de las sociedades dominadas por el afán de lucro.»

De hecho, la cuestión de la «Juventud, sentido de su rebeldía» puede explicarse bien a partir del análisis de los principales cambios culturales que se han producido en los países capitalistas industriales avanzados al imponerse la sociedad de consumo. Porque son esos cambios culturales los que determinan los rasgos psicológicos característicos de la rebeldía juvenil en la misma. A saber: sumisión a la enseñanza formal, carencia del sentido del gusto, fascinación adquisitiva, rechazo de la disciplina del trabajo y una concepción por completo abstracta de la libertad.

«Ya están en presencia todos los elementos que pueden explicar las rebeliones juveniles. Un número muy grande de jóvenes, nutridos, vestidos, sin responsabilidades, incitados constantemente a disfrutar de todos los placeres ideados por los servicios de comercialización de las empresas. Aunque, frente a sus deseos ingenuos, está el precio a pagar: la dura disciplina empresarial y la no menos dura disciplina del consumo. Y, como tercera vía, la libertad abstracta de negarse a la una y la otra. Ahora bien, rechazar la disciplina del trabajo es fascinante, pero implica rehusar la emocionante satisfacción adquisitiva, que se convierte rápidamente en la férrea disciplina del consumidor teledirigido, encajado en la “espiral de prestigio” en razón del consumo. De modo que los jóvenes, en cuanto grupo menos condicionado de consumidores, vacilan, se sienten confusos y adoptan actitudes contradictorias, que van desde la marginación pasiva (como en el caso de los *hippies*) hasta formas de rebelión violenta contra el orden establecido.»

La reflexión sobre la «Moda: significado y función social» es ya una buena introducción al estudio general de la sociedad de consumo. Hasta el siglo XIX, los principales factores de los cambios en la historia de la moda -con centro siempre en el vestido y el calzado- fueron el progreso técnico y el afán del consumo ostensible y diferencial, como código de la cultura, la educación y la psicología de la clase ociosa, y como base de la distinción social de las clases privilegiadas y de la legitimación de su posición privilegiada en la jerarquía del poder y de la posición social. Pero, en el siglo XX, lo que se impuso en los países capitalistas más avanzados fue la alianza de la gran empresa, los medios publicitarios y los “héroes del consumo”, para domesticar a las masas mediante la tiranía de la moda.

Ahora bien,

«una vez que los habitantes de un país -sobre todo si es tan grande como los Estados Unidos- entran en la espiral del consumo prestigioso y se someten gustosos a la domesticación (a la disciplina) publicitaria, las grandes industrias pueden planear con un amplio margen de seguridad su futuro desarrollo.»

Aunque no por completo. Pues una parte de los jóvenes de la clase dirigente -intelectuales y universitarios- abrieron ya la primera brecha en esa “espiral del prestigio”, al romper con los convencionalismos sociales que constituían su base de apoyo y la de los estímulos publicitarios montados en torno a ella; y, una vez abierta, esa brecha se fue ensanchando para dar paso a otros jóvenes, de capas cada vez más bajas de la sociedad.

Con todo, el esclarecimiento de la lógica de la espiral de prestigio impuesta por la tiranía de la moda resulta decisivo para comprensión de la dominación capitalista, una vez que el consumo ostensible y diferencial se subordina al afán de lucro del capital.

Hoy, en los países capitalistas avanzados, la «Sociedad de consumo», como garante de la disciplina del trabajo y de la realización de la producción, es el principal dispositivo cultural de la integración social de las masas y la clave última de la psicología típica de las mismas: moda, culto a lo nuevo, crisis del principio de autoridad, rebeldía juvenil, *libertarianismo* e ilusión de la opulencia. Y todo ello, gracias sobre todo al imperio de la publicidad.

«La sociedad de consumo sería inexplicable sin la publicidad. Ésta es el poder omnipresente e irresistible que penetra en todas partes y que alcanza a todos. Es el factor por excelencia que condiciona la existencia del individuo en la sociedad de consumo y son millones las personas que se sienten satisfechas de ser modeladas por ella, en lo más íntimo. Es incluso capaz de hacer que los intereses, evidentes y precisos, de los grandes monopolios aparezcan como los deseos más íntimos y espontáneos de las masas. Es la forma más eficaz hasta ahora descubierta de dominar las conciencias.»

Por lo demás, la sociedad capitalista industrial conlleva también otro tipo de problemas sociales. Uno de ellos es el de «Los recursos humanos»: en la sociedad capitalista industrial la fuerza de trabajo aumenta y se diversifica, mientras se demora la racionalización del mercado laboral; y esto, cuando el conocimiento del “mercado nacional de trabajo” tendría un valor inapreciable para la orientación profesional de la juventud.

«La producción de bienes de producción, la producción de bienes de consumo y la producción de fuerza de trabajo constituyen un sistema en el que todos esos factores se condicionan unos a otros. De modo que, si el país elige, concretamente, el desarrollo industrial (apoyado en el turismo y en una agricultura capitalista, dotada de un buen olfato para las necesidades del mercado),³ será posible prever las necesidades en fuerza de trabajo para poder crear ese tipo de riqueza y los recursos de que se tendrá que disponer para invertirlos en la formación de esa misma fuerza de trabajo.»

Otra cuestión importante, en fin, es la de «Los profesionales», por el deterioro de sus condiciones de vida desde el segundo tercio del siglo XX con el *asalaramiento* progresivo de los profesionales, la liquidación de las profesiones liberales y el impacto de la inflación creciente (consecuencia de la política capitalista de pleno, puesta en pie ante la consolidación de la URRS). Sobre todo, porque, mientras los obreros tienen una conciencia clara de sus condiciones materiales de existencia y luchan coherentemente por mejorarlas, los profesionales se encuentran bloqueados por la contradicción entre la degradación objetiva de sus “retribuciones” y su psicología “elitista”.

«Los profesionales, al menos en un número bastante elevado, se encuentran en condiciones objetivas similares o idénticas a las de los trabajadores. Con el agravante de que, mientras esas condiciones objetivas son simples y evidentes para el obrero, aparecen confusas y enmascaradas ante los profesionales. En el obrero, *condiciones de vida y conciencia están al mismo nivel, son coherentes entre sí*. En cambio y a pesar de su formación intelectual, los profesionales se encuentran en una posición más desfavorable, pues en su mayor parte carecen de conciencia de sus condiciones de vida, o tienen una imagen deformada de ellas.»

MADRID, 3 DE MAYO DE 2012

³ Referencia clara al caso de España, hacia 1974.

